

# democracia, reto de nuestro tiempo

juan de dios gonzález ibarra

**L**os incesantes cambios y tensiones que experimenta hoy nuestro país, permiten contemplar dos elementos de suma importancia que se requieren para su desarrollo: democracia y modernización.

El proceso de modernización por un lado fomenta el rompimiento de viejas estructuras, que lejos de estimular el avance económico, social y cultural de México, impiden todo vínculo con mecanismos de apertura. De esta manera lo complementario al proceso modernizador, lo constituye lo democrático como parte integral de avance en nuestra sociedad.

Sin duda alguna, nuestra humanidad, con la más capacidad destructivo-constructiva de su historia, necesita una cultura de la democracia, y corresponde a los universitarios, como vanguardia crítica de la sociedad, impulsar el lento y difícil (pero apasionante), camino de construcción de una mayor práctica democrática. Al respecto es pertinente recordar *La declaración de Venecia* del 7 de marzo de 1986, en la que los participantes en el simpósium *La ciencia y las fronteras del conocimiento: prólogo de nuestro pasado cultural*, organizado por la UNESCO y la fundación Giorgio Gini en esa ciudad, manifestaron su gran preocupación por qué con la actual tercera revolución cultural tecnológica conviven valores que se basan principalmente en el determinismo mecánico, en el positivismo y el nihilismo. Creemos que esta discrepancia es en sí peligrosa para la supervivencia misma de nuestra especie.<sup>1</sup>

Se resume aquí también la necesidad de desarrollar "una investigación verdaderamente transdisciplinaria, por medio de un intercambio dinámico entre las ciencias naturales, las ciencias sociales, el arte y la tradición".

Así, "los retos de nuestro tiempo (riesgo de la destrucción de nuestra especie, repercusión de los datos procesados, consecuencias de la genética, etc.) aportan una nueva luz a las responsabilidades sociales de la comunidad científica tanto en la iniciación como en el uso de la investigación".<sup>2</sup>

## El cambio requiere de una cultura y práctica científico-democrática

Las universidades no pueden mantenerse al margen de los cambios que la totalidad de la realidad mundial está experimentando. Ya lo hemos expuesto en otras oportunidades: ninguna Universidad se justifica por sí misma, ninguna ciencia ni tecnología se explican por sí mismas, ellas tienen su razón de ser primordialmente por el servicio que prestan a la sociedad. Ninguna ciencia ni tecnología tienen tampoco fronteras geográficas o disciplinarias que las puedan contener.

La Universidad no puede permanecer, a riesgo de desaparecer como tal, al margen de la tercera revolución científico-tecnológica, por lo que hay que incorporar sus prácticas emergentes y los contenidos educativos que surgen de aquélla, para que los profesionales que forme sean capaces de utilizar, con sentido de servicio, los nuevos adelantos en todos los sectores punta: robótica, informática, biotecnología, telecomunicaciones, etc., sin descuidar por ello los reclamos democráticos de la sociedad.

Sin embargo, los cambios que ocurran en las universidades públicas, pueden presentarse, de manera democrática o autoritaria. Deben darse necesariamente, por la naturaleza misma de la institución, de la primera manera. Claro que para ello no basta con buenas intenciones: hay que cultivar una cultura y práctica científico-democrática, tanto en las llamadas ciencias *duras* como en las *blandas*, de la cual surja y arraige el concepto de democracia y el ejercicio de la tolerancia, el respeto a los demás, la unidad en el disenso, etcétera.

Nuestra Universidad debe impulsar el desarrollo de la ciencia y la tecnología que sirvan, en primera instancia, para resolver los problemas de la nación y tener el nivel para competir en los mercados internacionales. En la medida en que la Universidad contribuya a resolver nuestros problemas y carencias, a preparar profesionales críticos, contribuir a la

modernización democrática de México, una modernización no democrática sería solamente un espejismo peligroso.

La Universidad de nuestro tiempo tiene que contribuir a la mejor reflexión sobre el futuro del país, pero antes, somos nosotros quienes nos enfrentamos necesariamente a la obligación de pensar y desarrollar a la UAM misma y la Unidad Xochimilco en particular, su estructura, su funcionamiento y estrechar nuestra historia como comunidad científica-docente.

En el caso de la Universidad Autónoma Metropolitana, su proyecto de educación, de investigación, de difusión de la cultura, y de servicio, surge desde el principio como un proyecto alternativo, con vocación democrática que hay que hacer vivir y fortalecer cotidianamente. En efecto, la UAM está regida internamente, por un régimen de tipo parlamentario formado por cuerpos colegiados: la Junta Directiva, el órgano colegiado compuesto por nueve miembros; el Colegio Académico, integrado por 34 representantes de los diversos sectores de la comunidad universitaria; los Consejos Académicos, que tienen 42 miembros y los Consejos Divisionales, formados por 13 integrantes en total. La comunidad de la Universidad tiene la oportunidad de participar en el rumbo de la institución, pues en tales órganos colegiados, los funcionarios representan el 38%, los profesores el 28%, al igual que los alumnos, y los trabajadores administrativos el 6%. No es casual que un gran número de las propuestas del Congreso de la UNAM sean ya una parte de nuestra vida científica y académica.

### Democracia que garantice pluralidad y libertad de expresión

Hemos de reconocer que la democracia en la UAM implica la participación y tolerancia; hay que mejorarla cualitativa y cuantitativamente, respetando y desarro-

### la universidad tiene que contribuir a una mejor reflexión sobre el futuro

llando los procedimientos estipulados, fomentando la participación de la comunidad universitaria en la toma de decisiones. Es alarmante que durante el pasado proceso de elección del rector general, se haya abstenido de participar el 95% de la comunidad universitaria de la UAM; ese es nuestro principal problema, encontrar la manera en que la comunidad universitaria en su conjunto participe activamente en la construcción de la democracia más allá del planteamiento teórico, pues entendemos a la democracia como una forma de vida social, no como un mero problema teórico.

Estamos por lo tanto, conscientes de la necesidad de constar, al interior de la Universidad, una verdadera cultura democrática, que haga que los universitarios participen en los procedimientos de elección, de decisión colectiva y que los haga participar activa y decididamente en ellos. Ante todo es imprescindible garantizar la pluralidad y la absoluta libertad de expresión al interior de los recintos universitarios. Todo ello representa (qué duda cabe) una tarea compleja, un enorme reto, en una sociedad en la que, con sinnúmero de esfuerzos, apenas se está desarrollando una cultura de tal naturaleza; no obstante, estamos convencidos que la Universidad, como parte indispensable y vanguardia de dicha sociedad, es el campo para que germine una tradición democrática, que influya a su vez en la que se ha venido gestando paso a paso en la sociedad civil venciendo obstáculos que estorban a la tolerancia y a la libre manifestación de las ideas.

La democracia en ambos ámbitos (a los cuales separamos única y exclusivamente por cuestiones de análisis), es posible en el corto plazo. Nuestro papel como universitarios es hacerla vivir plenamente con base en la información, el compromiso, el análisis y la discusión de gran altura basado en la tolerancia hacia otras ideas y el respeto hacia aquellos que piensan diferente a nosotros, la autonomía y la libertad de ejercicio de la democracia.

### Notas:

- 1 CONACYT, *Ciencia y desarrollo*, Núm. 82, Septiembre-octubre, 1988, México, p.20.
- 2 Op. cit, p. 6

